

rasgar, y que si bien consiguieran esconder por un momento, quiso Dios que alguno la estrajese de los archivos de la Hesse: una mano protestante fue, y ella sacó á luz el deshonor de su secta.

Por lo demas, la Reforma tomó su partido: se unió á los católicos para execrar la impudencia de Lutero y Melancthon, quienes, antes que firmar actos tan escandalosos, debieran cortarse la mano. Los dos sufrieron en esta vida el castigo de su falta: ¡Melancthon, siendo atacado repentinamente de una enfermedad que sufrió como una espacion; Lutero, renegando de su obra, y proclamando en cada ocasion que se le presentaba la indisolubilidad del matrimonio!

Y aconteció que, existiendo un alma tan vil que pudiese celebrar al landgrave por medio de un folleto, que apareció bajo el pseudónimo de *Huldreich Neobulus*, el doctor de Wittemberg arroja lejos de sí tan infame libro, y esclama:

—¡Bribon! Que el diablo dé un baño de fuego en lo profundo del infierno á quien te escuche y sea tentado de tomar segunda mujer: esta es mi opinion bien segura, y cuando tú, malvado, y todos los diablos, vengan á enseñarme otra doctrina, yo no os escucharé; yo sé muy bien que un hombre no puede abandonar á su mujer.

Lutero no se acordaba ya de lo que habia dicho en otra ocasion: «¡Que ningun testo bíblico prohíbe la poligamia!»

Esta es la página que á todo precio hubiesen de destruir los enemigos de la Reforma. Melancthon, que habia sido el primero en atacar á Lutero, se apresuró á escribir á Landgrave para que le permitiera destruir el folleto. Pero el landgrave respondió que el folleto era de su propiedad, y que él se encargaba de destruirlo. Este es el fin que se propuso el landgrave.

tormento del martirio: la vez á pronunciar nuestra sentencia. Al Papa las penas y los dolores sin fin: la vez á proclamar que la proclamación de la libertad de la gloria y la bienaventuranza eterna. Esto hecho de muerte, que ordinariamente inspira dulces palabras, voló de entrecerros por todo lo que debía quedar después de nosotros en la tierra, era para Lutero una estrofa, donde se escuchaban desos de ventura.

CAPITULO XL.

DISGUSTOS Y PADERMIENTOS DE LUTERO.

Lutero enfermo en Schmalkalda.—Sus deseos contra el papado.—Lutero jamás supo orar.—Muerte de su padre.—Dietrich.—Carta de este á Melancthon.—Crisis.—Súplica á Dios.—Muerte de Magdalena.—Oficios piadosos de su padre.—Testamento del doctor.—Folleto contra el papado.

La vejez vino á Lutero antes de tiempo. A sus últimos dias estaban reservados los mayores disgustos que hasta entonces habia probado: la muerte de sus padres, á quienes amaba entrañablemente; la pérdida de dos de sus hijos, sobre todo de Magdalena, que lloró toda su vida; el destierro de algunos de sus amigos; la apostasia de muchos de sus discipulos; la degeneracion, en fin, de su obra, y las enfermedades. Estos golpes del cielo, que se sucedian con cortos intervalos, imprimieron en su alma un carácter de desesperacion, que exhala alguna vez en quejas, en que apenas se reconoce al *hijo de Cristo*.

En 1537, enfermo de la vejiga en Schmalkalde, en terminos que á cada momento se creia morir, aun tuvo bastante fuerza para incorporarse en la cama y dirigir una súplica á Dios, cuyo modelo no encontró ciertamente en los Libros Santos. «¡Señor del cielo, mi Dios y Señor! gritaba: voy á morir yo, el enemigo de tus enemigos; yo, espanto y

tormento del anticristo: tú vas á pronunciar nuestra sentencia. ¡Al Papa las penas y los dolores sin fin; á mí, tu pobre criatura, que he proclamado tu nombre y tu Majestad, la gloria y la bienaventuranza eterna!» Este lecho de muerte, que ordinariamente inspira dulces palabras, votos llenos de enternecimiento, amorosos suspiros por todo lo que debe quedar despues de nosotros en la tierra, era para Lutero una cátedra, donde se exhalaban deseos de venganza. ¡En vez del ósculo de paz que debia enviar desde su lecho á la que le habia «servido como un buen servidor,» á sus criados, á sus discípulos de Wittemberg, á todas las personas que habia querido en esta vida, toma por cuenta suya el nombre del Papa; pero para maldecirle! «Estoy pronto á morir cuando Dios quiera, escribia á Pomeranio; cuando quiera el buen Dios mi Salvador: y solo deseo vivir hasta Pentecostés, para afrentar á la faz del mundo esa bestia romana que se llama el Papa, á él y á su reinado.» ¡La bestia romana era... Paulo III! Sus dolores eran tan vivos, que dijo un dia á su enfermero: «¡No habrá por ahí un turco que me mate!» Sus amigos no creian volverle á ver: celebraron su regreso á Wittemberg como un milagro: los mismos médicos desesperaban de su enfermedad, que rechazaba todos los remedios de la ciencia.

Lutero jamás habia sabido orar. Orar es amar, y él siempre habia querido aborrecer. De lo íntimo de sus efusiones á Dios se veia siempre nacer un cierto olor á «miseria humana,» que hacia ineficaz la piedad que debian inspirar sus sufrimientos. ¡Por qué su plegaria, que sale desde luego de sus labios como alabando, se convierte al instante en amargo vituperio? «Mis pecados, la muerte, Satanás y todos sus ángeles, no me dejan un minuto de reposo. ¡Qué me resta, Dios mio, por consuelo y esperanza! ¡Vuestra gracia! ¡Ah! Que ella no abandone al mas miserable de los hombres, al último de los pecadores.»

¿No os parece que el cielo debia abrirse y enviarle sobre las alas de un ángel esta misericordia que solicitaba tan amorosamente? Mas el cielo estaba airado, porque el pecador que le imploraba tenia tanta hiel en el corazon, que desbordaba el odio.

— ¡Oh Dios mio! decia: yo quisiera que Erasmo y todos los sacramentarios pudiesen probar por un momento todos los tormentos con que me abrumais; entonces seria yo profeta, y anunciaria su arrepentimiento y conversion. Despreciad la súplica de Tomás de Cantorbery, que estando caído sobre el altar, herido por sus asesinos, alzó al morir los ojos al cielo, exclamando: *¡Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen!*

Y por tanto este Tomás es un papista, que Lutero ha castigado mas de una vez.

Estaba Lutero en Coburgo cuando recibió la nueva de la muerte de su padre Hans (Juan). Su esposa, para ayudarle á sufrir este golpe cruel, le dirigió una carta, toda llena de consuelos, y cerrada la remitió por medio de uno de sus niños. Al leerla Lutero, alzó los ojos al cielo, y derramó algunas lágrimas. Tenia fe en el Señor, y la vista de aquel firmamento, donde él creia descansaria á la sazón su padre, bastó para enmudecer su dolor; porque Lutero amaba á su padre como un buen hijo. Y Hans, ¡qué orgulloso estaba de Martin! ¡Cuánto hablaba de él, y con qué fuego! ¡Cuánto le queria!

En la carta que con este motivo escribió el criado del doctor á Catalina, hemos hallado algunos detalles llenos de interes.

«Mi querida y buena señora: Consólaos; no os dé pena vuestro marido. Gracias á Dios está bueno, y recibió con valor la nueva de la muerte de su padre. Cuando abrió la carta de Juan Reinicken, se volvió á mí, y me dijo: «Mira, ¡mi pobre padre ha muerto!» En este momento tomó su libro de rezo, y se dirigió á su habitacion, y se puso á llo-

rar; y lloró tanto, que al día siguiente tenía la cabeza entumecida, y después quedó algo tranquilo.

Algunos días antes de su muerte, estando Juan en la cama de donde no debía levantarse mas, recibió la última carta de su hijo.

«Mi hermano Santiago me escribe que estais bastante enfermo. El aire, la estacion, todo me hace temer. Dios os ha dado, en verdad, un cuerpo robusto y una salud de hierro; mas vuestra edad me atormenta. Nadie está seguro. Yo quisiera abrazaros; pero me aconsejan mis amigos que no me ponga en camino, pues sería tentar á Dios; ¡ya sabéis cómo me quieren los nobles y los plebeyos! La ida no sería tan difícil; pero ¿y la vuelta? Ahí está el daño. Sería mejor, y yo lo deseo, y Catalina lo suplica hasta con lágrimas, que viniérais vos y mi madre aquí á nuestra casa.»

Lutero, por mañana y tarde, constantemente pedía á Dios por su padre, madre y amigos, sobre todo por Melanchthon y por su escelente y anciano Veit Dietrich.

Era este un criado fiel, que amaba á su amo con una especie de veneracion, que rayaba en culto; que velaba y acudia á todas las necesidades; que limpiaba con un cuidado extremo la ropa del doctor, y él mismo la remendaba, espolsaba los libros, y arreglaba los papeles con que la mesa de trabajo estaba siempre cargada. En el sermón, Veit Dietrich se ponía frente al predicador, le escuchaba con admirable atención, tanto, que se irritaba de que la puerta de la iglesia se abriese ó cerrase con ruido, y que conservaba con prodigiosa memoria hasta los mas insignificantes detalles de los sermones de su señor. Lutero le admitía con gusto en su mesa. Dietrich tenía cuidado de llenar los vasos cuando era necesario; como buen bebedor alemán, tenía la costumbre de llenar los vasos hasta los bordes, sin que el licor se escapase jamás; Dietrich, á fuerza de sentarse á la mesa con su señor, Melanchthon y

Jonás, había acabado por impregnarse de esta atmósfera teológica, en que se había visto envuelto todas las noches por espacio de dos años. Así, pues, disertaba lo mismo sobre las indulgencias que sobre el purgatorio y demas puntos sagrados; tenía un especial placer en insultar á los sirvientes de cualquier monje ó cura católico á quien hubiese metido en el saco, *ad saccum reducere*, de que se envanecía. Llamaba él meter en el saco, cuando les había prodigado los epítetos de antecristo, de liviano, de asno, teologastro, tomista, y otros que fluían á cada paso de los labios de los bebedores. ¡Aborrecía á todo el que estaba ordenado! Lutero le había seducido, como á todos los que estaban á su servicio. Existen varias cartas de este Dietrich, en las cuales se hace el mas cumplido elogio de su amo. Era Dietrich uno de aquellos buenos alemanes, como aun se encuentran hoy algunos, que conservan á sus amos tal afecto, que ni la muerte logra destruirlo; porque á la muerte de su amo el criado deja de servir, y vive en algun rincón retirado, donde llora y bendice á su bienhechor.

Dietrich escribía, pues, á Melanchthon: «Por favor, yo os suplico que no leáis con ligereza las líneas que os ha escrito el doctor. Yo no sabré admirar bastante su constancia, su fe y su espíritu en los tiempos perversos en que vivimos: estos son los dones que alcanza sin duda por la oracion. Efectivamente, yo le oigo todos los días murmurar entre dientes por espacio de tres horas. Yo le veo orar; yo gozo de este bien. ¡Dios mio! ¡Qué fe, qué fervor en cada una de sus palabras; es como un niño que se dirige á su padre!...—¡Ah! Sí, Señor, esclama él: yo bien sé que tú eres nuestro Padre y nuestro amado Salvador; por eso confío en tí, y espero firmemente que no dejarás caer en la tentacion á tus siervos; y aunque tú no lo permitirás jamás, si así sucediese, tú lo habrás querido: hágase tu santísima voluntad...»

»La vez primera que oí yo la robusta voz del doctor,

pronunciando estas bellas palabras, todo mi corazón se conmovió y se inflamó de una santa alegría. Yo creo que sus oraciones fueron nuestro auxilio en aquella triste Dieta de Augsburgo.»

Sin embargo, esta súplica, tan cuidadosamente recogida por el piadoso siervo, que tanto poder la daba, no pudo calmar los tormentos del que la dirigía á Dios. Es cosa bien notable que la oración, ese bálsamo que cura todas las heridas de un corazón cristiano, no derramó nunca una gota de rocío en el corazón de Lutero. Él mismo nos enseña esta inexplicable esterilidad de la palabra. ¿Está, pues, abandonado de Dios, que desoía sus ruegos? ¿Es, por ventura, que ha desaparecido en él la señal de una conciencia que busca á Dios, pero que no le puede encontrar, porque huye de la luz con que el Señor quiere iluminarle?

Lutero tiene en su *Tisch Reden* un capítulo, que se titula: *De cómo el doctor resucitó*. Aurifaber, el editor de esta obra, cree el milagro. Justo Jonás y Bugenhagen nos han conservado el relato de este acontecimiento, en que ven ellos el dedo del demonio.

«El sábado, víspera de la Visitación, nuestro querido padre el Dr. Martín experimentó uno de esos rudos ataques del diablo, tales como los describe el Salmista. Jamás había tenido otro semejante. Estuvo en tan deplorable estado, que creían próxima su muerte. Cuando pudo hablar, nos dijo que había tenido uno de esos combates que Pablo sostenía con Satan. Había empezado por el oído izquierdo, donde pudo escuchar un retumbo como el bramar del mar enfurecido. Su cabeza estaba llena de tempestades.—Duelo infernal, decía el doctor; golpes de Satan, con los cuales el hombre sucumbirá necesariamente, si Dios no disminuye su duración...»

«A las seis me llamó: le encontré tendido en su lecho, rogando á Dios en latín y en alemán; á Dios Padre y á su Hijo Jesucristo.

«No, decía, yo no soy digno de derramar mi sangre por la gloria de Cristo y de su Santo Evangelio, como con tanta felicidad lo han hecho tantos hermanos míos. Esta es una gracia que ha estado negada también á San Juan Evangelista, quien escribió contra el papismo un libro mucho más violento que yo haya compuesto jamás. Yo estoy mudo de piedad y de dolor.—¡Ah! mi caro doctor, le decía yo: rogad á Dios que os conserve entre nosotros, para consuelo de tantas almas que sufren.—Morir, respondió, será una felicidad para mí; mas vivir en la carne será un gran beneficio para muchas de esas almas: hágase la voluntad de Dios.

«Después se volvió al Dr. Jonás y á mí, y nos dijo:—Conviene tener en cuenta que el mundo ha de mentir respecto á mí: alguno dirá que en mi muerte yo me he retractado: yo os encargo que deis testimonio vosotros; si, seréis testigos de mis doctrinas; desde el fondo de mi corazón, yo lo protesto: yo he predicado la palabra de Dios por orden del mismo Dios. Yo he enseñado la doctrina de verdad respecto á la fe, á la caridad, á la cruz, á los Sacramentos, y á los otros dogmas de nuestro símbolo. Se me echa en cara por algunos la violencia de mi palabra amarga y arrebatada: sí; pero no me he mostrado yo así por perder, sino por salvar las almas, y por la bienaventuranza eterna de mis enemigos.»

La prueba más terrible que debió sufrir fue la muerte de su pequeña hija Magdalena.

Lutero soportó este golpe del cielo con un valor admirable. Amaba del modo más tierno á su pequeña hija, y decía levantando los ojos al cielo: «¡Dios mío, si queréis lleváosla, que vuestra voluntad se cumpla!» Un día, que ella sufría cruelmente, acercándose al lecho de la niña, cogiendo sus descarnadas manos, que cubría de besos, decía: «Magdalenita mía, mi buena niña, dime: ¿no sabes tú que si en la tierra tienes un buen padre, mejor es el que